

VEN Y VERÁS ENERO 2021 LA VIRTUD DE LA FE

Algunas de vosotras habéis pedido que se “desmenuzaran” las virtudes para poder vivirlas con mayor intensidad. Intentaremos, en oración y Presencia del Señor, transmitirlos lo que el Espíritu Santo nos sople...

Hoy nos ceñimos a la definición que sobre ellas, nos da el Catecismo de la Iglesia Católica, y desde allí, contando con vuestra benevolencia, emprenderemos éste itinerario que esperamos nos ayudará, a vivirlas con mayor conocimiento, profundidad y heroísmo. La virtud es una disposición habitual y firme para hacer el bien, una propensión, facilidad y prontitud para conocer y obrar según Dios.

Hay dos clases de virtudes: las teologales y las humanas o morales.

Las Teologales son: Fe que es la virtud por la cual creemos en Dios, en todo lo que Él nos ha revelado y que la Santa Iglesia nos enseña como objeto de fe.

La esperanza que es la virtud por la cual deseamos y esperamos de Dios, con una firme confianza, la vida eterna y las gracias para merecerla, porque Dios nos lo ha prometido.

La caridad que es la virtud por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios, con el amor filial y fraterno que Cristo nos ha mandado.

Se llaman Cardinales las que son el principio y el fundamento de las demás virtudes: la Prudencia que nos hace conocer y practicar los medios más conducentes para obrar el bien. La Justicia, hace que demos a cada uno lo suyo y lo que le corresponde. La Fortaleza nos da valor para amar y servir a Dios con fidelidad. La Templanza hace que frenemos las pasiones bajas.

Las Obras Corporales y Espirituales de Misericordia son:

Las Corporales: 1. Visitar a los enfermos, 2. Dar de comer al hambriento, 3. Dar de beber al sediento, 4. Vestir al desnudo, 5. Socorrer a los presos, 6. Dar posada al peregrino, 7. Enterrar a los muertos.

Las Espirituales: 1. Enseñar al que no sabe, 2. Dar buen consejo al que lo necesita, 3. Corregir al que está en error, 4. Perdonar las injurias, 5. Consolar al triste, 6. Sufrir con paciencia las molestias de nuestro prójimo, 7. Rogar a Dios por los vivos y por los muertos.

Hoy, juntas en oración le pedimos a Nuestra Madre del Cielo y Madre de la Iglesia, que bajo Su patrocinio comencemos esta nueva andadura, que no nos falten Su compañía e inspiración y con Ella, oremos por la Iglesia, para que sea fiel en la pureza de la fe, en la firmeza de la esperanza, en el fuego de la caridad, en la disponibilidad apostólica y misionera, en el compromiso por promover la justicia y la paz entre los hijos de esta tierra bendita y que a nosotras, adoradoras de Su querido Hijo, nos descubra en Ella la virtud de la fe, nos lleve de la mano y nos conduzca siempre a Él.

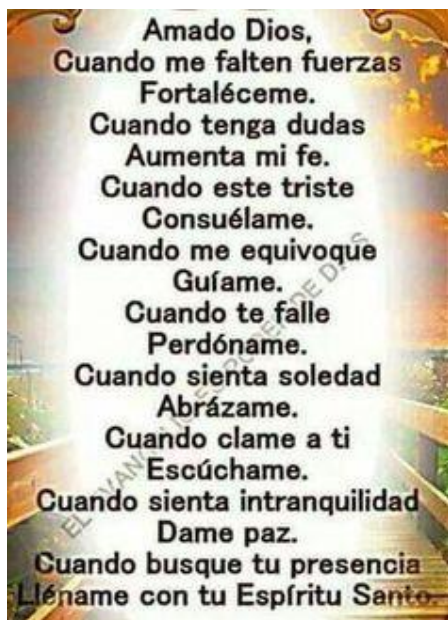
La palabra fe proviene del latín “fides”, que significa creer. Fe es aceptar la palabra de otro, entendiéndola y confiando en que es honesto y por lo tanto que su palabra es veraz. El motivo básico de toda fe es la autoridad de aquel a quien se cree. Este reconocimiento de autoridad

ocurre cuando se acepta que él o ella tienen conocimiento sobre lo que dice y posee integridad de manera que no engaña.

Se trata de fe divina cuando es Dios a quien se cree. Se trata de fe humana cuando se cree a un ser humano. Hay lugar para ambos tipos de fe (divina y humana) pero en diferente grado. A Dios le debemos fe absoluta porque Él tiene absoluto conocimiento y es absolutamente veraz. La fe, más que creer en algo que no vemos es creer en alguien que nos ha hablado. **Fiarse totalmente de Dios entregándonos ciegamente a Él.** La fe divina es una virtud teologal y procede de un don de Dios que nos capacita para reconocer que es Dios quien habla y enseña en las Sagradas Escrituras y en la Iglesia. Quien tiene fe sabe que, por encima de toda duda y preocupaciones de este mundo, las enseñanzas de la fe son las enseñanzas de Dios y por lo tanto son ciertas y buenas. La fe no es tanto creer algo, como fiarse de Alguien.

La fe personal en Jesucristo es la aceptación de su propio testimonio hasta la adhesión y la entrega total a su divina Persona. No es la mera aceptación de que Él existe y vive entre nosotros tan realmente como cuando vivió en Palestina; ni tampoco una adhesión de sólo el entendimiento a las verdades que el Evangelio nos propone, según la autorizada interpretación del Magisterio de la Iglesia. Es algo mucho más existencial y totalizante.

Dice el Concilio Vaticano I: La Iglesia Católica enseña infaliblemente que la fe es esencialmente un asentimiento sobrenatural del entendimiento a las verdades reveladas por Dios; pero la fe no es sólo aceptar una verdad con el entendimiento, sino también con el corazón. Es el compromiso de nuestra propia persona con la persona de Cristo en una relación de intimidad que lleva consigo exigencias a las que jamás ideología alguna será capaz de llevar. Para que se dé fe auténtica y madura hay que pasar del frío concepto al calor de la amistad y del decidido compromiso, a la entrega absoluta y confiada a esa verdad. Por eso, una fe así en Jesucristo es la que da fuerza y eficacia a una vida cristiana plenamente renovada.



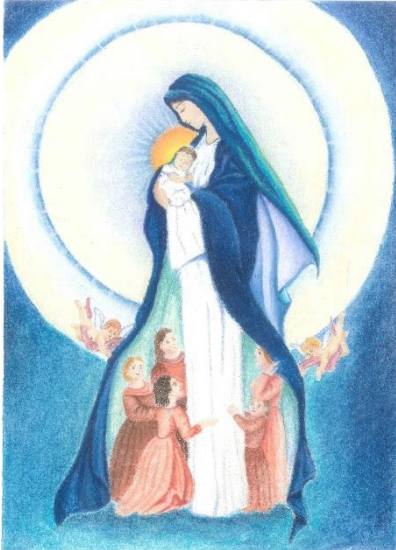
No hay posible aceptación del programa de Jesús si no es mediante el lenguaje de los hechos; Para nosotras, adoradoras, seguir a Jesús quiere decir **escuchar sus palabras, asimilar sus actitudes, comportarse como Él, identificarse plenamente con Él.**

Las que queremos seguir de verdad a Jesús queremos parecernos a Él, esforzarnos en pensar como Él, haciendo las cosas que le gustan a Él. Desear obrar bien, ayudar a los demás, perdonar, ser generosas y amar a todos como ama Él. Tener fe lleva consigo un estilo de vida, un modo de ser.

Hoy le pedimos a Nuestra Madre que por fe, nos conduzca a una comunicación con Dios cada vez más continuada, más personal y más íntima, fruto de un crecimiento en esta vivencia teologal de la que fluye un vivo sentido de la cercanía amorosa de Dios; en consecuencia, un trato con Él cada vez más directo, familiar y confiado, e incluso, más allá de las palabras y del pensamiento, reflejo de una íntima comunión con Él.

(www.adoradoraspresenciales.com) (www.apostoladodelaoracion.com)





VEN Y VERÁS FEBRERO 2021 LA VIRTUD DE LA ESPERANZA Y DE LA CARIDAD

La esperanza es la virtud por la cual el hombre pasa de devenir a ser. Siguiendo a Santo Tomás de Aquino, ha sido definida como "virtud infusa que capacita al hombre para tener confianza y plena certeza de conseguir la vida eterna y los medios, tanto sobrenaturales como naturales, necesarios para alcanzarla, apoyado en el auxilio omnipotente de Dios". A la esperanza se oponen, por defecto, la desesperación y, por exceso, la presunción. Al igual que la fe y la caridad sobrenaturales, la esperanza es plantada directamente en el alma por Dios todopoderoso.

Es una virtud necesaria para la salvación. Ello constituye una verdad en la que se insiste mucho en la Iglesia Católica, y a la que corresponde una enseñanza explícita. Es necesaria, primero, como medio indispensable de alcanzar la salvación y nadie puede entrar a la bienaventuranza eterna sin ella. De ello se sigue que incluso los niños pequeños, si bien no pueden haber realizado actos de esperanza, deben ya tener el hábito de la esperanza en forma infusa por el bautismo.

Se dice que la fe es "la garantía de las cosas que esperamos" (Heb 11,1) y sin ella "es imposible agradar a Dios" (Ibíd. 11,6). Obviamente, por lo tanto, la esperanza es requerida para la salvación con la misma necesidad absoluta que la fe. Además, la esperanza es necesaria porque está prescrita por la ley natural, la cual, aceptada la hipótesis de que estamos destinados a un fin sobrenatural, nos obliga a usar los medios necesarios para lograrlo. Más aún, también la prescribe la ley divina. Ejemplo de ello es la I carta de san Pedro (1, 13): "Poned toda vuestra esperanza en la gracia que se os procurará mediante la revelación de Jesucristo". Esta virtud, nunca debe confundirse con el optimismo humano, que es una actitud más relacionada con el estado de ánimo. Para un cristiano, la esperanza es Jesús en persona, es su fuerza de liberar y volver a hacer nueva cada vida, es "un don" de Jesús, la esperanza es Jesús mismo.

Esperanza no es la de quien consigue ver el "vaso medio lleno": eso es sencillamente "optimismo", y "el optimismo es una actitud humana que depende de muchas cosas".

La esperanza es otra cosa, es un don, un regalo del Espíritu Santo y por esto Pablo dirá: "Nunca defrauda" ¿Por qué? Porque es un don que nos ha dado el Espíritu Santo. San Pablo nos dice que la esperanza tiene un nombre. La esperanza es Jesús.

Hay un episodio del Evangelio muy instructivo a éste respecto, y es aquel cuando Jesús cura en sábado la mano paralizada de un hombre, suscitando la reprobación de escribas y fariseos. Con su milagro, Jesús libera la mano de la enfermedad y demuestra "a los rígidos" que la suya "no es la vía de la libertad". "Libertad y esperanza van juntas: donde no hay esperanza no puede haber libertad", "Jesús libera de la enfermedad, del rigor y de la mano paralizada a este hombre, rehace la vida de ambos, la hace de nuevo, porque Jesús lo transforma todo en nuevo. Es un milagro constante.

No sólo ha hecho milagros de curación, el verdadero milagro es seguir haciendo hoy todo nuevo: lo que hace en mi vida, en tu vida, en nuestra vida. Y esto que hace nuevo Él es precisamente el motivo de nuestra esperanza.

Es Cristo el que hace nuevas todas las cosas más maravillosamente que en la Creación; es el motivo de nuestra esperanza. Y esta esperanza no defrauda, porque Él es fiel. No puede negarse a sí mismo. Esta es la virtud de la esperanza.



¿Según Dios, qué significa eso de que tenemos que amar?

Y uno contestó: **“La Caridad es la virtud por la cual AMAMOS A DIOS Y AMAMOS A LOS DEMÁS.** La caridad es lo mismo que el amor cristiano”. Pero quedaban muchos interrogantes en el tintero, nos hemos ido al Evangelio y leemos... “un día unos hombres preguntaron a Jesús: ¿Cuál es el mandamiento más importante de la ley de Dios?” Y Jesús respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.” Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo es parecido a éste: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo

Enseguida surgió la pregunta: ¿POR QUÉ DEBEMOS AMAR A DIOS?

- Porque Dios es toda bondad, toda belleza, toda sabiduría... porque es Dios.

- Porque Dios es nuestro Padre, Dios nos creó.

- Porque Dios nos ama infinitamente. Tanto nos amó, que mandó a su propio hijo al mundo a morir en la cruz, para que pudiéramos salvarnos, para que pudiéramos entrar al cielo. **Debemos amar a Dios POR ENCIMA DE TODAS LAS DEMÁS COSAS.** Esto significa que en nuestra vida no podemos preferir las cosas materiales: las personas, la salud, la comodidad, la felicidad humana... más que las cosas de Dios: cumplir Su voluntad, Sus mandamientos, orar, adorarle y estar siempre cerca de Él. Y nos metemos en harina... El Catecismo de la Iglesia Católica en el n. 1856 señala la importancia vital de la caridad para la vida cristiana. **En esta virtud se encuentran la esencia y el núcleo del cristianismo, es el centro de la predicación de Cristo y es el mandato más importante.** Jn 15, 12; 15,17; Jn 13,34. No se puede vivir la moral cristiana dejando a un lado a la caridad. La caridad pues, es la virtud reina, el mandamiento nuevo que nos dio Cristo, por lo tanto es la base de toda espiritualidad cristiana. Es el distintivo de los auténticos cristianos. Es la virtud sobrenatural por la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios. Es la virtud por excelencia porque su objeto es el mismo Dios y el motivo del amor al prójimo es el mismo: el amor a Dios. Porque Su bondad intrínseca, es la que nos une más a Dios, haciéndonos parte de Dios y dándonos Su vida. 1 Jn. 4, 8. Esta virtud le da vida a todas las demás virtudes, pues es necesaria para que éstas se dirijan a Dios. Yo puedo ser amable, sólo con el fin de obtener una recompensa, sin embargo, con la caridad, la amabilidad, se convierte en virtud que se practica desinteresadamente por amor a los demás. Sin la caridad, las demás virtudes están como muertas. Además, la caridad no termina con nuestra vida terrena, en la vida eterna la viviremos continuamente. San Pablo nos lo menciona en 1 Cor. 13, 13; y 13, 87.

Adoradoras: al hablar de la caridad, hay que hablar del amor. El amor no es un sentimiento bonito o la carga romántica de la vida. El verdadero amor es buscar el bien del otro. Existe el amor desinteresado (o de benevolencia): desear y hacer el bien del otro aunque no proporcione ningún beneficio, porque se desea lo mejor para el otro, y el interesado que es amar al otro por los beneficios que esperamos obtener. ¿Qué es, pues, la caridad? La caridad es más que el amor. El amor es natural. La caridad es sobrenatural, algo del mundo divino. Es poseer en nosotros el amor de Dios. Es amar como Dios ama, con su intensidad y con sus características. Es verdaderamente un precioso don de Dios que nos permite amar en medida superior a nuestras posibilidades humanas. Es amar como Dios, no con la perfección que Él lo hace, pero sí con el estilo que Él tiene. A eso nos referimos cuando decimos que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, a que tenemos la capacidad de amar como Dios. Pero no olvidemos que hay que amar a Dios sobre todas las cosas. Si el objeto del amor es el bien, es decir cuando amamos, buscamos el bien, y si Dios es el “Bien” máximo, entonces Dios tiene que ser el objeto máximo de nuestro amor. Además, Dios mismo es quien nos ordena y nos recompensa con el premio de la vida eterna.

Este tipo de amor, puede ser de tres clases: **Apreciativo**, cuando la inteligencia comprende que Dios es el máximo bien y esto es aceptado por la voluntad. **Sensible**, cuando el corazón lo siente. **Efectivo** cuando lo demostramos con acciones. Pero si os parece, esto será objeto de estudio en otro momento...Hoy con el corazón repleto de amor a Dios, le pedimos que nos enseñe a amar a nuestro prójimo como sólo Él sabe hacerlo.

(www.adoradoraspresenciales.com) (www.apostoladodelaoracion.com)





VEN Y VERÁS MARZO 2021 LA VIRTUD DE LA CARIDAD Y DE LA PRUDENCIA

El mes pasado hablábamos:

Para que sea verdadero amor es necesario que sea **apreciativo y efectivo**, aunque no sea **sensible**, ya que es más fácil sentir las realidades materiales o físicas, que las espirituales. Nos puede doler más una enfermedad, que el haber pecado gravemente. El amor al prójimo es parte de la virtud de la caridad que nos hace buscar el bien de los demás por amor a Dios.

Las características del amor al prójimo son:

Sobrenatural: se ama a Cristo en el prójimo, por su dignidad especial como hijo de Dios.

Universal: comprende a todos los hombres porque todos son creaturas de Dios. Como Cristo, incluso a pecadores y a los que nos hacen el mal.

Ordenado: es decir, se debe amar más al que está más cerca o al que lo necesite más. Al hermano más próximo y necesitado.

Interna y externa: es decir, para que sea auténtica tiene que abarcar todos los aspectos, pensamiento, palabra y obras. Pero la caridad si no es concreta de nada sirve, sería una falsedad. Esta caridad concreta puede ser interna, con la voluntad que nos lleva a colaborar con los demás de muchas maneras. También puede ser con la inteligencia, a través de la estima y el perdón. Otra forma concreta de caridad es la de palabra, es decir, hablar siempre bien de los demás: **La BENEDICENCIA.**

La benedicción radica fundamentalmente en hablar bien de los demás. Sin embargo, no se limita sólo a eso. Por un lado, esta virtud nos invita a silenciar los errores y defectos del prójimo, por otra parte, nos estimula a ponderar sus cualidades y virtudes. Jesucristo nos exhortó a la vivencia de esta virtud cuando dijo a sus discípulos: “amad a vuestros enemigos, haced el bien a quienes os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen” (Lc 6,27-28). La enseñanza del cristianismo no consiste en no odiar, no maldecir, no dañar. Por el contrario, el Maestro nos invita a trabajar en positivo: Amad, bendecid, rogad.



Para vivir la benedicción es necesario promover los comentarios positivos. La influencia que recibimos de algunos medios de comunicación nos puede inducir a comportamientos distintos. Basta encender la televisión para ver cómo se insultan los miembros de distintos partidos políticos, cómo se exageran los errores y defectos de los demás. El 90% de las telenovelas nos muestran cómo surgen las intrigas familiares, en muchos casos debidas a la mentira, calumnia y difamación...

Ahora bien, la causa y el fin de la caridad están en Dios no en la filantropía (amor a los hombres). La caridad tiene que ser siempre desinteresada, cuando hay interés, siempre se cobra la factura, “hoy por ti, mañana por mí”. Obviamente tiene que ser

activa y eficaz, no bastan los buenos deseos.

Tiene que ser sincera, es una actitud interior. Debe ser superior a todo. En caso de que haya conflicto, primero está Dios y luego los hombres. No olvidemos que es mucho más importante la parte activa de esta virtud. Las casas se construyen “haciendo” y no dejando destruir. Al final seremos juzgados por lo que hicimos, por lo que amamos, no por lo que dejamos de hacer. Mt 25, 31-46

LAS VIRTUDES CARDINALES

“Se llaman Cardinales las que son el principio y el fundamento de las demás virtudes: la Prudencia que nos hace conocer y practicar los medios más conducentes para obrar el bien”. Aristóteles declaró que para adquirir la prudencia, como toda otra virtud, conviene preguntar al hombre prudente, pues, en rigor, esta



virtud no está en los libros sino en los hombres y mujeres prudentes, es decir, sólo nota la índole de ésta perfección quien la vive. Sin embargo, sin dejar de sostener esta tesis, se puede añadir, que saber acerca de la prudencia que se vive no es posible desde la misma prudencia, sino desde una instancia superior al conocimiento propio de la prudencia. Para tener el saber prudencial se requiere ser prudente, pero para notar la naturaleza de la prudencia se requiere, además, disponer de un conocer superior al prudencial. La prudencia es una de esas virtudes de las que apenas se habla y que, sin embargo, resulta ser clave en el difícilísimo arte de ordenarnos rectamente en nuestra relación con el prójimo. No nacemos prudentes, pero debemos hacernos prudentes por el ejercicio de la virtud. Y no es tarea fácil. El pensamiento

puede descarriarse como se descarria la voluntad, porque está expuesto a las mismas pasiones y a los mismos condicionamientos. Pensar y bien, exige una gran atención, no sólo sobre las cosas, sino principalmente sobre nosotros mismos. Hay que saber estar atentos sobre las razones, pero mucho más sobre nuestras pasiones que son las que nos impulsan al error. Porque los hombres solemos errar por precipitación en nuestros juicios, afirmando cosas que la razón no ve claras, pero que estamos impulsados a afirmar como desahogo de nuestras pasiones. Quien no sabe controlar sus pasiones, tampoco sabrá controlar sus razones y se hace responsable moral de sus yerros.

La razón es la que ha de regir nuestra conducta en la verdad y por eso la prudencia es la primera de las virtudes cardinales. Pero la verdad requiere tener sosegada el alma para conseguir tener sosegada la mente con objetivas razones. Los hombres de mar usan un aparato que se llama brújula, que les dice dónde está el norte, el sur, el este y el oeste, de modo que ellos puedan tomar el camino correcto. Así, La Prudencia, es la que nos hace distinguir en toda ocasión cual es el camino correcto, cual es el bien; nos dice que es lo que conviene hacer o dejar de hacer, es la luz que dirige todos nuestros actos para llegar a Dios.

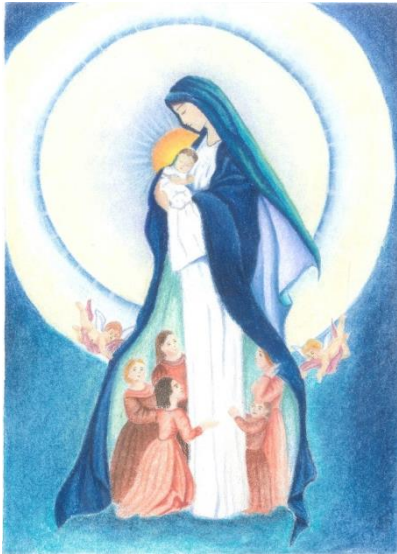
Esta virtud ayuda al hombre a poner atención a la voz de su conciencia, en vez de poner atención a lo que siente. Es muy importante no confundir la verdadera prudencia, que es hacer lo que Dios nos dice que es correcto... porque mucha gente cree que ser prudente es ser hipócrita, disimular por miedo, ser cobarde o actuar por interés.

Si cuando estamos con amigos, uno de ellos habla mal de la Iglesia o empieza con ideas raras y nos callamos por prudencia, eso no es prudencia sino hipocresía. Quizá el camino que nos traza esta virtud podría ser: VER, EXAMINAR, PENSAR DELANTE DE DIOS, cada cosa que vayamos a hacer, despacio, con calma... y una vez que decidamos... no temer..., seamos FIRMES en lo que Dios nos dice que es lo mejor. Aprender a callar, a medir lo que decimos, a pensar antes de abrir la boca y a guardar silencio en las cosas que no debemos estar predicando. Tratar de ser discretas, y aprender también, cuando sea necesario, a hablar a tiempo lo que tengamos que decir.

Hoy, le pedimos a María, mujer prudente, que no nos dejemos cegar nunca por las pasiones, los sentimientos, lo blanco es blanco y lo negro es negro.... lo que está bien, está bien y lo que está mal, está mal. Siempre habrá que escoger lo mejor, lo más agradable a los ojos de Dios. ¡Esto es prudencia!

www.adoradoraspresenciales.com) (www.apostoladodelaoracion.com)





VEN Y VERÁS ABRIL 2021 LA VIRTUD DE LA JUSTICIA

¿En qué consiste la virtud de la Justicia?

“Es la que hace que el hombre dé a Dios y a cada persona, lo que le pertenece y le es debido”. “En cierto modo, la justicia es más grande que el hombre, más grande que las dimensiones de su vida terrena, más grande que las posibilidades de establecer en esta vida relaciones plenamente justas entre los hombres, los ambientes, la sociedad y los grupos sociales, las naciones, etc.

“Todo hombre vive y muere con cierta sensación de insaciabilidad de justicia, porque el mundo no es capaz de satisfacer hasta el fondo a un ser creado a imagen de Dios, ni en lo profundo de la persona ni en los distintos aspectos de la vida humana. Y así, a través de esta hambre de justicia, el hombre se abre a Dios, que “es la justicia misma”. Jesús, en el sermón de la montaña, lo ha dicho de modo claro y conciso con estas palabras: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados” (Mt 5,6).” (San Juan Pablo II)

La mejor manera de imaginarnos en que consiste esta virtud es pensar en una balanza: Una vendedora pesa en la balanza el producto exacto que debe dar a cambio del dinero que recibe, no da de más ni de menos. Así es la justicia, nos ayuda a dar a cada cual exactamente lo que le pertenece. Todos queremos que respeten lo nuestro. Nos indigna cuando alguien toca nuestra fama, nuestras cosas, nuestros derechos. Pero, ¿Alguna vez nos hemos preguntado, si realmente somos justos con los demás?...

Por lo tanto, es necesario que cada uno de nosotros pueda vivir en un contexto de justicia y, más aún, que cada uno sea justo y actúe con justicia respecto de los cercanos y de los lejanos, de la comunidad, de la sociedad de que es miembro...y respecto de Dios. La justicia tiene muchas implicaciones y muchas formas. Hay también una forma de justicia que se refiere a lo que el hombre "debe" a Dios.

¿Cuál es la diferencia entre Justicia y Caridad? La caridad nos obliga a socorrer y a ayudar a los otros por amor, sin que el otro tenga el derecho a una limosna o ayuda, en cambio la Justicia, no es un regalo, sino que es un derecho de la otra persona. No da ni de más, ni de menos. Nosotras deberíamos ser caritativas con nuestros hermanos, pero empezando por ser justas con ellos, dar a cada persona, lo que le corresponde, lo que le pertenece, a lo que tiene derecho, por ejemplo: No dañar la fama, no encarcelar a gente inocente, no decir mentiras, no acusar a alguien falsamente, no desear ni apropiarnos de lo que no es nuestro, devolver las cosas perdidas, no cobrar más de lo justo por lo que vendemos, no pagar menos de lo justo cuando compramos, no cobrar más de los intereses debidos cuando prestamos dinero. No tratar de obtener siempre lo mejor para nosotros y lo que sobre para los demás. No criticar, ni hacer juicios temerarios. No burlarnos de los demás y tratar a todos de igual manera: a los que están arriba como a los de abajo.

¿Qué es tener Justicia con Dios? Primero reconocer que Dios es nuestro Señor y nos creó con Sus manos. Por tanto, Dios tiene derecho total y absoluto sobre nosotros y sobre todas nuestras cosas. Dios puede darnos las personas y las cosas que serpentean nuestro caminar diario, y quitárnoslas si así lo desea, cuando Él quiera porque es Dios.



Segundo, debemos vivir siempre como si nosotras mismas y todas nuestras cosas no nos pertenecieran, pensando en todo momento que nosotras y todo lo que tenemos, es de Dios, y finalmente, por justicia, creer Sus palabras porque Dios es siempre la Verdad.

Uno de los actos más nobles de la justicia es perdonar.

Cuando alguien nos hace daño, nada más lejos de nosotras no perdonar; pensemos cómo nos perdona Dios. ¿Qué nos merecemos por justicia por cuanto hemos ofendido a Dios, a lo largo de nuestra vida? Él, siempre nos perdona porque nos ama.

Un día Jesús les contó esta parábola a sus apóstoles: “Un rey quiso hacer cuentas con sus siervos. Se le presentó un hombre que le debía 100 mil pesos. Como no tenía con que pagar, mandó el rey que fuese vendido él, su mujer, sus hijos y todo cuanto tenía para pagar la deuda. Entonces el siervo cayó de rodillas llorando y dijo: Señor, dame plazo y te lo pagaré todo.

El rey tuvo compasión, se apiadó de aquel siervo y lo despidió perdonándole su deuda. Saliendo de allí, aquel siervo se encontró a uno de sus compañeros que le debía mil pesos y amarrándole por el cuello lo ahogaba diciéndole ¡Págame lo que me debes! Su compañero le suplicaba: ¡Dame plazo y te pagaré! Pero él se negó y lo mandó encerrar en la cárcel hasta que le pagara. El Rey al enterarse de esto mandó llamar a su siervo y le dijo: Mal hombre, yo te perdoné toda tu deuda porque me lo suplicaste, ¿No debías tú también haber perdonado, tener piedad de tu compañero, como la tuve yo de ti? Y enojado lo entregó a sus torturadores hasta que pagara toda su deuda”.

Pidamos hoy, recordar siempre en nuestra vida que **“según juzguemos así seremos juzgadas”** y que cuando nos falten las fuerzas para “superarnos”, con miras a valores superiores como la verdad y la justicia, el Señor haga de cada una de nosotras mujeres fuertes y que en el momento oportuno oigamos del Señor “en lo íntimo” de nuestro corazón: ¡Animo!

OREMOS: Dichoso aquel cuya ayuda es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en el Señor su Dios,

Creador del cielo y de la tierra, del mar y de todo cuanto hay en ellos, y que siempre mantiene la verdad.

El Señor hace justicia a los oprimidos, da de comer a los hambrientos y pone en libertad a los cautivos.

El Señor da la vista a los ciegos, el Señor sostiene a los agobiados, el Señor ama a los justos.

El Señor protege al extranjero y sostiene al huérfano y a la viuda, pero frustra los planes de los impíos.

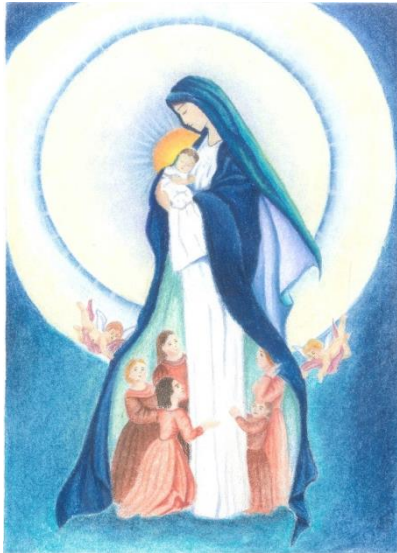
¡Oh Sion, que el Señor reine para siempre! ¡Que tu Dios reine por todas las generaciones!

¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor!



(www.adoradoraspresenciales.com) (www.apostoladodelaoracion.com)





VEN Y VERÁS MAYO 2021 LA VIRTUD DE LA FORTALEZA

¿En qué consiste la virtud de la fortaleza?

La fortaleza se describe como la virtud que da valor al alma para poder afrontar con coraje y vigor los riesgos, moderando el ímpetu de la audacia. Su fin es ordenar el apetito a la razón, de modo que la voluntad siga a la razón cristiana ante los peligros o dificultades; consiste en vencer el temor y huir de la temeridad.

Para los cristianos, la fortaleza asegura la firmeza en las dificultades y la constancia en la búsqueda del bien. Llegando incluso a la capacidad de aceptar el eventual sacrificio de la propia vida por una causa justa, es “la gran virtud: la virtud de los enamorados; la virtud de los convencidos; la virtud de aquellos que por un ideal noble son capaces de arrastrar mayores riesgos; la virtud del caballero andante que por amor, a su dama se expone a aventuras sin cuento”...

Estas palabras nos podrían llevar a pensar que en estos tiempos que vivimos no existen muchas posibilidades para desarrollar esta fantástica virtud. De algún modo, el “bien más alto” está cubierto con un sinfín de pequeñas “necesidades” creadas por el hombre. No quedan posibilidades de encontrar aventura porque todo está hecho, todo está descubierto, todo está organizado. Sin embargo, y aunque ordinariamente no se presentan ocasiones de hacer grandes cosas, son las pequeñas, las que podemos afrontar día a día, las que hacen que crezca la fortaleza en nosotros. No se trata de realizar actos sobrehumanos, de descubrir las zonas del Amazonas nunca pisadas por el hombre, de salvar a cincuenta niños de un incendio; éstas son, en todo caso, posibilidades fruto de una imaginación calenturienta. Más bien se trata de hacer de las pequeñas cosas de cada día una suma de esfuerzos, de actos heroicos, que pueden llegar a ser algo grande, una muestra de amor a Dios.

Esta virtud es la maravillosa amiga de nuestra personalidad, nos da firmeza en las dificultades y nos hace constantes y perseverantes en la búsqueda de nuestra propia verdad. La fortaleza es la que nos ayuda a resistir las tentaciones que surgen del pensamiento, de la comodidad y de nuestro ego. Dicen que la fortaleza es necesaria “en situaciones ambientales perjudiciales a una mejora personal, resiste las influencias nocivas, soporta las molestias y se entrega con valentía en caso de poder influir positivamente para vencer las dificultades y para acometer empresas grandes”.



La persona que no quiere mejorar, que es egoísta, que busca nada más que el placer, no tiene motivos para desarrollar esta virtud porque es indiferente y carente de sentido para su mente. El desarrollo de ésta virtud, apoya el desarrollo de todas las demás virtudes. Es la herramienta para sobrevivir como personas humanas y para vivir como seres humanos.

La fortaleza nos llena de fuerza interior, de tal modo que sabemos reconocer nuestras posibilidades, y reconocer la situación real que nos rodea para resistir y acometer todas las acciones que se nos presentan en nuestro devenir, haciendo de nuestras vidas algo noble, entero

y provechoso, y está íntimamente relacionada con la esperanza de la vida eterna: “Pero no sólo esto: también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, virtud probada y esperanza, una esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5, 3-5).

Para nosotras, adoradoras, madurez espiritual significa poseer unas directrices generales, asumidas conscientemente, que ordenan nuestra vida, tener suficiente cultura personal sobre el mundo y la sociedad, tener muy clara nuestra escala de valores, convicciones y criterios morales verdaderos, haber establecido relaciones humanas satisfactorias, y tener unos objetivos personales, una vocación, una idea de lo que se quiere en la vida, con la consiguiente responsabilidad para asumir las consecuencias de la propia situación vital.

Como puede apreciarse fácilmente, todas las virtudes morales están implicadas en la madurez de la persona. Podríamos decir que alguien tiene una personalidad madura cuando posee todas las virtudes, y su fisonomía espiritual, sin dejar de ser propia, se identifica con la de Cristo. Sin embargo, se puede apreciar también que la virtud de la fortaleza juega un papel de primer orden en la adquisición de la madurez, en cuanto es la virtud que lleva a resistir el sufrimiento y la muerte por el bien, y a atacar con decisión los obstáculos que se oponen a la consecución del bien. La virtud de la fortaleza, al darnos un ánimo estable, nos permite mantenernos serenos para tomar las decisiones más oportunas y prudentes. Nos hace más libres no sólo con respecto a nuestras pasiones y sentimientos, a los que ordena según la razón y la fe, sino también ante la influencia del ambiente que trata de convencernos de que resistir en el bien no vale la pena, y mucho menos emplear nuestras energías para alcanzarlo.

Pidámosle hoy, a nuestra Madre la Virgen fuerte, nos ayude a crecer y madurar en ésta virtud “clave” para cada día vivir más identificadas con Cristo, Su Hijo muy amado.

OREMOS CON EL SALMO 18:

“Yo te amo, Señor; tú eres mi fuerza. El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi salvador; mi Dios es mi roca, en quien encuentro protección.

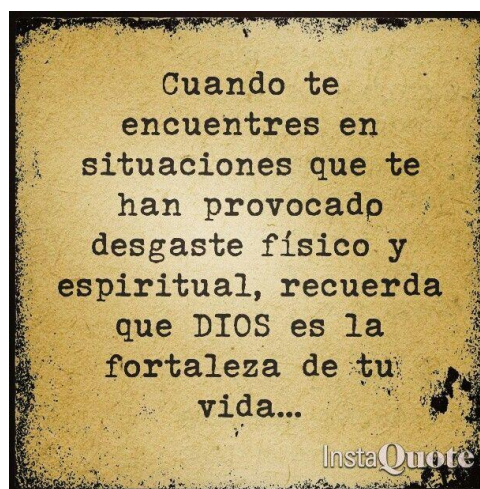
Él es mi escudo, el poder que me salva y mi lugar seguro. Clamé al Señor, quien es digno de alabanza, y me salvó de mis enemigos.

Me enredaron las cuerdas de la muerte; me arrasó una inundación devastadora. La tumba me envolvió con sus cuerdas; la muerte me tendió una trampa en el camino. Pero en mi angustia, clamé al Señor; sí, oré a mi Dios para pedirle ayuda.

Él me oyó desde su santuario; mi clamor llegó a sus oídos. Entonces la tierra se estremeció y tembló; se sacudieron los cimientos de las montañas; temblaron a causa de su enojo.

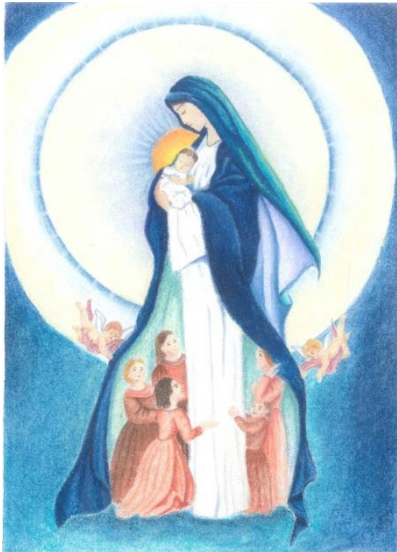
De su nariz salía humo a raudales, de su boca saltaban violentas llamas de fuego; carbones encendidos se disparaban de él. Abrió los cielos y descendió; había oscuras nubes de tormenta debajo de sus pies.

Voló montado sobre un poderoso ser angelical, remontándose sobre las alas del viento. Se envolvió con un manto de oscuridad y ocultó su llegada con oscuras nubes de lluvia. Me rescató de mis enemigos poderosos, de los que me odiaban y eran demasiado fuertes para mí.



(www.adoradoraspresenciales.com) (www.apostoladodelaoracion.com)





VEN Y VERÁS JUNIO 2021 LA VIRTUD DE LA TEMPLANZA

De las virtudes Cardinales nos queda la Templanza, que como dijimos el primer día, “hace que frenemos las pasiones bajas”.

La palabra templanza proviene del latín “temperancia”, en referencia a la moderación de la temperatura; igualmente, el adjetivo “templado” se aplica al medio entre lo cálido y lo frío, y también a lo que mantiene cierto tipo de equilibrio, cohesión o armonía interna.

El catecismo de la Iglesia católica anota que “la templanza es la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad. La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar “para seguir la pasión de su corazón” (cf Si 5,2; 37, 27-31).

Como acabamos de leer, nuestro Catecismo describe la función de la templanza con los verbos “moderar”, “procurar”, “mantener”, “asegurar”, “orientar”, “guardar”... Es una riqueza de vocablos que con matices diversos señala claramente que la templanza es una virtud orientada al bien y señorío de uno mismo. Es propio de toda virtud perfeccionar la libertad de modo que la persona, actuando por sí misma, obre moralmente bien. La virtud “crea” en la persona una “connaturalidad” con el bien, de manera que se hace capaz de juzgar y elegir con prontitud y seguridad lo que es bueno. En el caso de la templanza ese señorío se realiza “ordenando” sus inclinaciones hacia el bien en el uso de los bienes creados.

Como se acaba de apuntar, el cometido o función de la templanza viene señalado por el bien de la persona. Por eso, la persona virtuosa es aquella que, en las circunstancias concretas, hace de manera permanente lo que debe hacer y del modo que debe hacerlo. Una vez conocido el bien, se decide a realizarlo porque lo percibe como conveniente a su naturaleza: advierte que es bueno porque contribuye a su perfección como persona y en el camino hacia Dios.

Cuando se habla de la virtud como de “una disposición estable para realizar el bien moral”, se debe advertir que esa disposición no puede ser pensada como una cualidad que la persona posee. No se trata de una cualidad que se añade sin más o una “habilidad”. No es que el hombre virtuoso tenga la fe, la fortaleza, la templanza, etc.; sino que es creyente, fuerte, moderado, etc. Tampoco se puede concebir como una cualidad que se da automáticamente. Es la persona misma la que es y se hace virtuosa. La virtud radica en el interior del hombre, se relaciona con el centro mismo de las decisiones libres: se sitúa en la inclinación de la persona hacia el bien y en la adhesión interior a ese bien. Se puede describir como la perfección de la persona en orden a obrar moralmente bien.



Como consecuencia de su condición de criatura, llamada también a participar de la vida divina, existe en el ser humano una cierta sensibilidad y apertura hacia el bien que le es propio. (Es la raíz de la “connaturalidad” con el bien, propia del hombre virtuoso). Sobre esa capacidad se apoya el

juicio de la razón. En la elección que realiza la persona cuando decide hacer algo, se debe distinguir entre el acto interior y el acto exterior o la ejecución de la elección. La virtud se relaciona con el acto interior, está ligada al juicio prudencial. Es el juicio de la razón el que decide sobre la moralidad de las acciones.



Tal y como hemos visto, la templanza capacita a la persona para hacerse dueña de sí misma, poner orden en la sensibilidad y la afectividad, en los gustos y deseos, en las tendencias más íntimas del yo: en definitiva, nos procura el equilibrio en el uso de los bienes materiales, y nos ayuda a aspirar al bien mejor. De modo que, de acuerdo con Santo Tomás, la templanza podría situarse en la raíz misma de la vida sensible y espiritual. No en balde, si se leen con atención las

bienaventuranzas se observa que, de un modo u otro, casi todas están relacionadas con esta virtud. Sin ella no se puede ver a Dios, ni ser consolados, ni heredar la tierra y el cielo, ni soportar con paciencia la injusticia: la templanza encauza las energías humanas para mover el molino de todas las virtudes.

Como la unión hace la fuerza, juntas hoy rezamos y pedimos a Dios saber decir que no en todas las ocasiones de peligro que nos presente la vida, para obtener una victoria interna que será fuente de paz interior. Negarnos a lo que nos aleje de Dios, a las ambiciones de nuestro yo y a las pasiones desordenadas, vía imprescindible para afirmar nuestra propia libertad interior y colocarnos en el mundo y sobre todo, frente al mundo.

Oremos: Señor, dame humildad para darme a los demás, para ser consciente de mi pequeñez, de mis debilidades, de mi necesidad de Ti.

¡Dame el don del respeto al prójimo para valorarlo como es y no juzgarlo! ¡Permíteme tener siempre una conciencia recta que no navegue entre las olas del que dirán! ¡Ayúdame a comprender al prójimo, al que más cerca tengo, y dame la sabiduría para saber orientarle siempre en sus necesidades!

¡Concédeme la gracia de saber sacrificarme y mortificarme por Ti y por el prójimo!

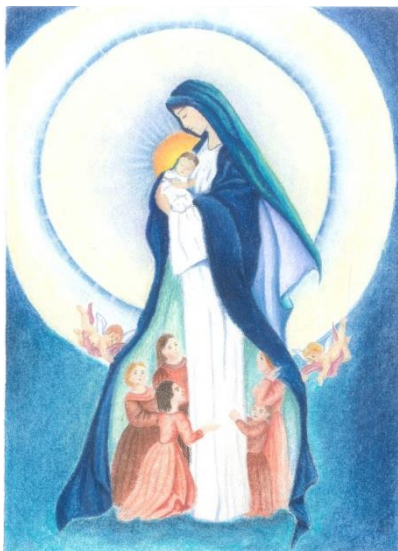
¡Borra de mi corazón la soberbia y el egoísmo, mis comodidades, mis autosuficiencias, mi permisividad, mi tibieza porque quiero acercarme más a Ti!

¡Ayúdame, Señor, a mantenerme siempre firme en mis principios y a controlar mis pensamientos, lo que digo y lo que hago por mi propio bien y para honrarte a Ti y a los demás! ¡Bendíceme, Espíritu Santo, con esta valiosa virtud de la Templanza! Amén



www.adoradoraspresenciales.com www.apostoladodelaoracion.com





VEN Y VERÁS VERANO 2021 LAS OBRAS DE MISERICORDIA

"Estamos en el camino de la santificación, ¡pero debemos tomarla en serio!" "Para que sea así, es necesario hacer obras de justicia, obras "sencillas": Comenzamos por "adorar a Dios: ¡Dios es El primero siempre!" "Y hacer lo que Jesús aconseja: 'ayudar a los demás". (De una homilía del Papa Francisco)... Es decir: Obras de misericordia.... En la Bula Misericordiae Vultus que promulgó el papa Francisco dio una serie de ejemplos sobre cómo actuar, y una cosa que propuso fue cumplir con alegría las obras de misericordia corporales y espirituales, porque como dijo

San Juan de la Cruz, "en la tarde de la vida, seremos juzgados en el amor".

Las "obras de misericordia" son un hermoso catálogo de acciones, o mejor, de sentimientos y actitudes, que hacen efectivo y concreto el precepto del amor fraterno, distintivo de los cristianos. La Iglesia nos propone practicar y vivir estas "obras de misericordia" en todo tiempo y en toda ocasión; pero nosotras, las vamos a recordar para que poniéndolas en práctica a lo largo de nuestro caminar diario, sean una buena preparación para nuestra meta: **la santificación de nuestras almas...**

Podríamos decir que las obras de misericordia no han de ser catorce, sino tantas cuantas miserias encontramos en el camino de la vida. Tampoco debe hacerse una distinción tan radical entre corporales y espirituales, todo está entrelazado entre sí. Por otra parte, no es tanto, cuestión de hacer, sino de ser. No basta con hacer obras de misericordia, hay que ser misericordiosas. Es posible que muchas veces, quizá la mayoría, no podamos hacer nada, pero siempre podemos sentir, comprender, disculpar, estar, compartir misericordiosamente las necesidades de nuestro prójimo...

Por ejemplo, enseñar al que no sabe. Es una bonita obra de misericordia, pero a veces nos encariñamos tanto con ella, que queremos dar lecciones a todo el mundo. Esta misericordia debemos practicarla con moderación. A lo mejor es preferible que nos dejemos enseñar. Esto también es obra de misericordia: saber escuchar y agradecer lo que hemos aprendido. Todos necesitamos aprender unos de otros, incluso el profesor del alumno, el padre del hijo, y el empresario del obrero. **Enseñemos, sí, al que no sabe, pero sin humillarle.** Enseñémosle a saber. Y –no hace falta decirlo- para que sea verdadera obra de misericordia se necesita una condición: la gratuidad. Es importante que cooperemos con nuestros hermanos, pero es más importante enseñarles a realizar por ellos mismos, aquello que no saben. Por ello, enseñémosles a orar, a perdonar, a perdonarse, a compartir. Esta obra de misericordia nos llama a que ayudemos a nuestros hermanos en lo que ellos ignoran, sobre todo en temas religiosos u otra cosa que necesiten saber.

Si siguiendo nuestro senderito nos topamos con la segunda obra de misericordia: **Dar buen consejo al que lo necesita.** Démoslo sí, pero sin paternalismo, cuando el otro nos lo pida o lo quiera o de verdad lo necesite. Démoslo, pero siempre que estemos también nosotras dispuestas a recibirlo, y sobre todo con humildad. Un buen consejo, una palabra orientadora, puede ser luz en la noche, puede ahorrar muchos tropiezos y caídas, puede salvar una vida del fracaso y la desesperación, puede llegar a hacer cambiar a una persona que hubiera cometido una equivocación u error y así puede tomar el camino justo; de lo contrario, tal decisión equivocada le hubiera pesado toda la

vida. Quien es buen consejero sabe discernir las situaciones erróneas y es buen compañero de camino.

Pero para dar buen consejo es necesario que nosotras mismas hayamos sido aconsejadas y guiadas por alguna autoridad, que nos ayude a orar y presentar el problema a Dios Padre, para que nos envíe su Santo Espíritu y nos regale éste precioso don. Así, bajo la guía del Señor, tanto nuestras palabras como nuestro actuar, será un constante aconsejar a los que lo necesitan, no según nuestro criterio sino según el criterio de Dios. En los tiempos actuales existe una gran falta



en las relaciones humanas, que dificulta poder aconsejar y ayudar a recapacitar sobre comportamientos equivocados. En el lenguaje coloquial oímos muchas veces: que cada uno se las “componga como pueda” y, en nombre de la libertad personal, se deja correr la suerte del otro. Nadie puede interferir en la vida de otra persona, puesto que, “cada uno es dueño de hacer lo que quiera” y es cierto, pero también, por un pudor y respeto mal entendidos, podemos caer en no ayudar a quien necesita una mano amiga; a quien, gracias a un “buen consejo”, puede salir de una situación embarazosa y difícil.

El diccionario de la lengua española, dice que “tutor” es la caña o estaca que se clava al pie de una planta para mantenerla derecha en su crecimiento. La caña ayuda para que la planta no se desvíe y crezca convenientemente. Es decisiva en el proceso del futuro árbol puesto que le ayuda a crecer en armonía y en recta orientación. Hoy día es muy difícil hacer comprender la importancia que tiene el “tutor”, el “director espiritual”, el “consejero”..., pero a la postre, sabemos que quien ha tenido un buen consejo a tiempo y a una persona que le ha sabido orientar rectamente su vida, ha conseguido hacer más fácil el camino hacia Dios.

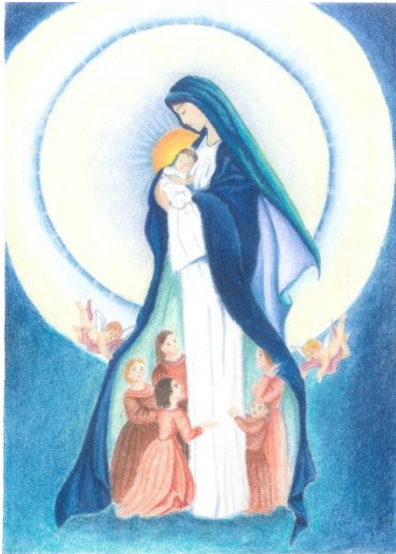
Cada uno es libre de sus actos, pero la vida se ha puesto tan complicada que necesitamos ésa señal que nos sostenga en los momentos en los que corremos el peligro de desviarnos o en las circunstancias en las que el viento recio y fuerte amenace con romper y quebrar nuestro hermoso árbol. Nadie puede arrogarse, con altanería, el dicho de que cada uno se vale por sí mismo. A la vuelta de la esquina menos pensada, todos nos topamos con la realidad testaruda y todos necesitamos a alguien que nos escuche, nos aliente o nos corrija para que nuestra vida se realice con madurez y rectitud.

Un buen consejo a tiempo y aceptado con humildad, puede cambiar el rumbo torcido y enderezarlo, reforzando la justa orientación de nuestra vida. Quien se apoya en un buen consejero se hará merecedor de un camino feliz.

Hoy le podríamos pedir a Nuestra Madre del Buen Consejo que jamás aparte Su vista de nosotras, que nos ayude a ser humildes, sin despreciar jamás un consejo, una orientación o una mano amiga que nos lleve a Dios. Podríamos esta noche de Vela hacer un profundo examen de conciencia y empezar a caminar por éste sendero estrecho que nos marca Jesús. Como buenas adoradoras que somos y dóciles a Su palabra, pedimos a la Virgen nos dé luz y nos empape el Señor de su infinita misericordia...

www.adoradoraspresenciales.com www.apostoladodelaoracion.com





VEN Y VERÁS SEPTIEMBRE 2021 LAS OBRAS DE MISERICORDIA

También corregir al que no sabe, es una obra de misericordia, pero cuando se hace desde la humildad y el amor, reconociendo que también nosotros nos equivocamos muchas veces. No queramos sacar la paja en el ojo ajeno, sin darnos cuenta de la viga del nuestro...

Hace unos días, cuando acabé de redactar un mensaje en mi móvil, y antes de enviarlo, le pedí a una persona cercana que lo revisase y corrigiese las erratas que encontrara. Así lo hizo, y ¡tuvo que corregir unas cuantas! Le di las gracias y, según lo hacía, comprendí de una manera nueva el sentido de ésta práctica evangélica que se ha dado en llamar “corrección fraterna”. Me di cuenta de que mi agradecimiento era sincero. Con su corrección estaba contribuyendo a que mi “obra” quedara acabada con una mayor perfección, y de paso evitaba que los que leyeran el mensaje pudieran “escandalizarse” al ver algo incorrecto. Su labor de corrector no estaba animada por ninguna mala intención, sino por el cariño y el afán de ayudarme. Comprendí que como obra de misericordia espiritual, la corrección fraterna debería tener esos mismos ingredientes: que quien la ejercita no tenga más afán que el de ayudar, movido por el cariño, y que quien la recibe entienda que esa corrección contribuye a su santidad - una mayor perfección en su obrar, y a la de los de su entorno, evitando el escándalo, y la agradezca de corazón.

En la vida se presentan muchas ocasiones de corregirnos - por cariño y con delicadeza - unos a otros. Si ya en general al practicar la corrección fraterna se corre el riesgo de dar la razón a ese refrán que dice “Donde hay confianza, da asco”, cuánto más en el entorno familiar, en el que es más fácil abandonarse a los instintos y pasiones. Debemos corregir, enseñar a corregir, a ser corregidos, y pedir que nos corrijan; con el ejemplo y con la palabra, y todo ello sin olvidar las buenas formas y maneras.

Copio aquí dos puntos del Catecismo de la Iglesia Católica que hablan de la corrección fraterna como medio de conversión y santificación, y como deber de caridad: 1435- “La conversión se realiza en la vida cotidiana mediante gestos de reconciliación, la atención a los pobres, el ejercicio y la defensa de la justicia y del derecho (cf Am 5,24; Is 1,17), por el reconocimiento de nuestras faltas ante los hermanos, la corrección fraterna, la revisión de vida, el examen de conciencia, la dirección espiritual, la aceptación de los sufrimientos, el padecer la persecución a causa de la justicia. Tomar la cruz cada día y seguir a Jesús es el camino más seguro de la penitencia” (cf Lc 9,23). 1829- “La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión: “La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos” (San Agustín, In epistulam Iohannis tractatus, 10, 4).”

Sabemos por experiencia que una buena corrección ayuda a purificar el alma y las actitudes negativas que residen en ella. En el refranero se suele decir que “quien bien te quiere, te hará llorar”. Este sentimiento que está en lo más profundo de la sabiduría popular concuerda con lo que en moral se llama la “corrección fraterna” y se entiende por tal, la amonestación hecha al prójimo culpable, en privado y por pura caridad para apartarle del pecado o de un camino errado. La amonestación, ayuda a la madurez no sólo cristiana sino también humana, pero toda

corrección debe ir acompañada por una gran dosis de educación y un gran sentido de la caridad. La corrección que se hace por despecho o por desprecio no es auténtica. Muchas veces los resortes interiores pueden jugar nos malas pasadas si no sabemos armonizar bien los sentimientos. De ahí que la corrección comporta un modo de amar al prójimo con la pedagogía serena que nace de un corazón sencillo y bien templado.

La corrección no sólo se debe someter a pronunciar palabras, sino a cualquier gesto que puede llegar a ser luz para dar pistas de orientación al corregido, que valen mucho más que “mil palabras”, un silencio a través del tiempo, hasta que se serene la situación, puede llegar a ser un buen método que dará frutos abundantes en el momento de la corrección.

Pero la moral evangélica y que siempre la Iglesia, como Madre y Maestra nos ha enseñado, es que antes de corregir lo primero que hemos de tener presente es que haya materia cierta, no imaginaria, puesto que se pueden dar indicios que no son verídicos.



La sospecha nunca es buen camino para llegar al que se desea ayudar con la corrección. Debe ser algo necesario y siempre buscando la idónea capacidad del que corrige para que el prójimo no se sienta rechazado y marginado. La corrección ha de ser útil, es decir, que haya fundada esperanza de éxito. Si se prevé que será contraproducente como es provocando la ira o induciéndole a mayores males o pecados, debe omitirse. Como dice Santo Tomás, **“si se duda del éxito inmediato, pero no del remoto, debe hacerse. Y si se duda seriamente si aprovechará o dañará, debe omitirse; porque el precepto de no dañar al prójimo es más grave que el de beneficiarle, a no ser que de su omisión se teman males mayores como son escándalos o corrupción de otros”**.

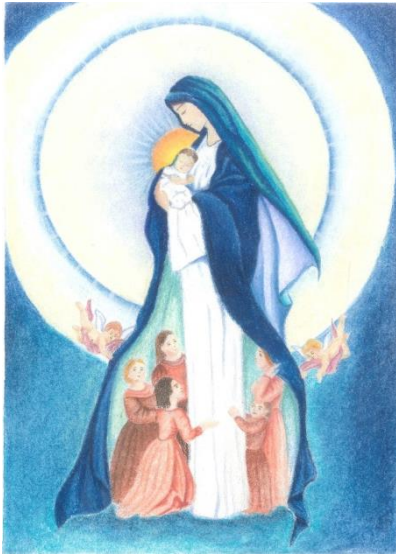
En general hay que conjugar con la caridad y la justicia **la benignidad, la humildad y la prudencia**, recordando las palabras de San Pablo: “Si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros, que tenéis el Espíritu, corregidlo con espíritu de mansedumbre. Y no te descuides tú mismo, que también tú puedes ser puesto a prueba” (Gal 6,1). Hay que procurar, además, salvar la fama del corregido y para ello debe observarse el orden establecido por Jesucristo en el Evangelio. De suerte que primero se haga la corrección en privado; luego, con uno o dos testigos, y, finalmente –si todo lo anterior ha fallado-, recurriendo al superior (Cfr. Mt 18,15-17).

Cuando la situación es muy grave debe hacerse presente inmediatamente a la autoridad competente con el fin de que la misma no se empeore. Nunca un buen ciudadano o un buen cristiano puede quedarse con los “brazos cruzados” ante momentos que pueden perjudicar a terceras personas y si esto es grave debe comunicarse cuanto antes a quien esté revestido de la autoridad. **La corrección si se hace bien reporta paz a la persona y a la sociedad.**

¡¡¡Ufff!! Qué tema más difícil y complicado, y con qué facilidad nos lanzamos a dar lecciones a cuantos nos rodean... Pidamos encarecidamente a Nuestra Madre, Virgen de la Caridad, que nos muestre el camino de ayudar a cuantos nos rodean, pero teniendo siempre muy en cuenta nuestra pequeñez y nuestros propios errores...

(www.adoradoraspresenciales.com) (www.apostoladodelaoracion.com)





VEN Y VERÁS OCTUBRE 2021 LAS OBRAS DE MISERICORDIA

Perdonar las injurias. Obra grande de misericordia es perdonar a los que nos ofenden, porque así somos perdonados por Dios, e imitamos a Jesús que en la cruz murió perdonando a todos los que lo mataban. Debemos saber perdonar de corazón a todos los que nos injurian, simplemente porque nos conviene a nosotros mismos, ya que Dios ha condicionado su perdón para con nosotros a la manera en que nosotros a su vez perdonemos a los demás. **Cuando perdonamos a alguien sus ofensas para con nosotros, entonces hacemos que Dios ya no lo mire con ira, sino que lo bendiga y le dé la gracia del**

arrepentimiento y de la conversión. En cambio si no perdonamos, la ira de Dios pesa sobre esa persona y será castigada y tal vez no tenga tiempo y gracia para convertirse, y para nosotros se cierra el perdón de Dios porque nos hacemos duros de corazón. Con el perdón es como que desatamos a las almas de la Justicia de Dios y pedimos nosotros mismos por ellas, para que también se salven, porque en definitiva nuestros enemigos no son los hombres, más o menos buenos, sino que es el demonio nuestro verdadero enemigo. ¡Y a cuántos de nuestros ofensores encontraremos un día en el Paraíso, gracias a que le perdonamos en la tierra! Y ellos estarán agradecidos con nosotros por toda la eternidad, felices ellos de haberse salvado, y felices nosotros de haber sido sus salvadores.

La injuria es un agravio y ultraje de obra o de palabra que nos pueden o podemos realizar en algún momento de nuestra vida. La injuria daña profundamente y es muy nociva, de tal forma que provoca o puede llegar a producir un cierto desequilibrio psicológico en quien la recibe. Solamente se puede restaurar con la misericordia y el perdón. El agredido por la injuria puede llevar al agresor a los tribunales pero la medicina que únicamente sana es el perdón. Y los mismos tribunales, muchas veces, operan con estas claves fundamentales en el entendimiento humano: la reconciliación y el perdón. La justicia auténtica va traspasada por el sentido hondo de la conciliación y la misericordia. **Perdonar a quien nos injurie es la cuarta "obra de misericordia" espiritual que es fruto del Evangelio bien vivido.**

Esta excelente obra de caridad lleva consigo una disposición interior para que el odio y la venganza no sean los que muevan el corazón humano si bien no se tiene obligación de renunciar a toda clase de reparación externa por la ofensa recibida puesto que a veces se necesita poner remedios para no dejar que la injuria domine sobre el sentido coherente de la vida de la persona. "Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión, los despiden del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos: Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La oración más bella para Dios es nuestra paz, nuestra concordia y nuestra unión" (San Cipriano de Cartago). La injuria puede llegar a provocar estados de ánimo contradictorios e incluso situaciones de violencia incontrolados. No se puede llevar hacia delante una auténtica relación fraterna si no se purifica el corazón de las adherencias vengativas por parte de quien ha recibido la injuria. Sin percatarnos, puesto que es muy sutil, se suele caer en la venganza justificada a la hora de atacar a quien ha sido el promotor de la injuria. Si así se procede se cae en la misma falta que se condena. La injuria es un delito que merece su penalización en justicia y ha de buscarse cauces para atajar el mal que dicho desorden produce. Tiene el derecho de legítima defensa quien haya recibido una injuria y sobre todo cuando está en juego el desprestigio de un tercero. Cuando la injuria no redunde en perjuicio o desprestigio de otra persona más que de quien la ha recibido, siempre es más perfecto perdonar de corazón y renunciar a exigir la reparación. Como Adoradoras, hemos de conducir estas afrentas con espíritu humilde si bien se requiere rechazar el ultraje y dar una lección de "bien hacer" al que ha injuriado para que rectifique su proceder e impedir que repita

tales cosas en el futuro, según el texto de los Proverbios: **“Responde al necio como merece su necesidad, para que no se crea un sabio”** (Prov 26,5). Nunca la injuria debe acallar a aquellos que son ejemplo para los demás y se ha de procurar que no domine el mal sobre el bien. Así lo expresan los santos al afirmar que “aquellos cuya vida ha de servir de ejemplo a los demás, deben, si les es posible, hacer callar a sus detractores, a fin de que no dejen de escuchar su predicación los que podrían oírlos y no desprecien la vida virtuosa permaneciendo en sus depravadas costumbres”(San Gregorio Nacianceno). Las razones esenciales de una sana convivencia han de ser las que prevalezcan, y a ellas se ha de mirar como único estilo de vida humana y cristiana.



“Consolar al triste”

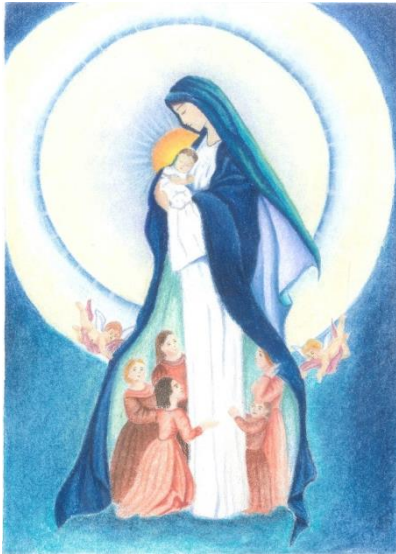
La tristeza es el terreno propicio que utiliza Satanás para tentar a las almas, ya que cuando un alma está triste, es más fácil que caiga en pecados, y el demonio, que es cobarde, aprovecha este tiempo para atacar más ferozmente. Por eso **¡qué importante es que consolemos a los que están tristes!** Si los apóstoles no se hubieran dormido en el Huerto de los Olivos, habrían podido consolar a Jesús que estaba mortalmente triste, y habrían logrado hacer huir a Satanás. Pero Jesús quiso padecer

este sentimiento para salvar y redimir a los que están tristes, y quiere que nosotras cumplamos con estos hermanos entristecidos, la gran caridad de alegrar el alma para alejarlos de la órbita del diablo. **Por eso todo lo que hagamos por vencer la tristeza, será en provecho de nuestra vida de gracia.**

No es malo sentir tristeza, especialmente cuando vemos tanto mal en el mundo y en las personas; lo malo es cuando esa tristeza se desordena, es decir, cuando nos impide cumplir los deberes de estado o la misión que tenemos cada uno de nosotros. Si Dios a veces nos envía momentos tristes, es para que sepamos por experiencia propia lo que es estar tristes, y así tengamos un corazón misericordioso y compasivo con los que están abatidos y los consolemos. Jesús padeció una profunda tristeza en el Huerto de los Olivos, y allí mismo el demonio le tentó, haciéndole sufrir tanto que “sudaba gotas de sangre”. Sabiendo estas cosas, ¡qué bueno sería si nos propusiéramos siempre, consolar a los tristes! Porque con una palabra de aliento, una broma sencilla, un gesto amistoso y amoroso, una palmada, un buen consejo, quizás podemos salvar un alma del pecado, de la muerte, e influir beneficiosamente en muchas otras almas que se relacionen con ella. En el mundo hay muchos motivos que nos pueden entristecer, porque el mal abunda tanto, que es difícil no apenarse por tanta maldad, por tantas personas que sufren inocentemente. Así que tenemos mucho campo para practicar este apostolado. **Para salir de la tristeza y ayudar a otros a que salgan de ella, es necesario que pensemos en las cosas eternas y no sólo en las cosas de la tierra.** Efectivamente el pensar en el Cielo que nos espera, en que la Virgen y Jesús están realmente presentes en cuerpo y alma a nuestro lado, en que tenemos un ángel de Dios que nos cuida, y la seguridad de que ganaremos el Cielo y seremos felices para siempre, eso solo, ya nos abre un panorama de luz y de alegría en la noche más oscura. Pero hay que tener cuidado porque el demonio sabe muy bien que el pensamiento del Cielo da mucho ánimo, alegría y consuelo al alma atribulada, entonces utiliza su mejor arma, que es tratar de hacernos creer que estamos condenados, que el Cielo no existe o no es para nosotros, etc., y así trata de llevarnos al desánimo, a la desesperación, a bajar los brazos y a no luchar. Así que no oigamos las mentiras del maligno y pensemos en el Cielo, que fue creado para nosotros, y que, Dios mediante, lo alcanzaremos con Su ayuda.

Podemos rezar y animar a los demás diciéndoles: “No te desanimes amiga, que en el momento más inesperado aparecerá la luz que te guiará por el camino nuevamente. Jamás pierdas la fe.” y “Siempre confía en Dios y ten presente que no existe Ser en el planeta que te pueda comprender mejor. Él te ama y no te dejará sufrir. Solo ten fe y deja a Dios entrar en tu corazón, que el curará tus heridas.” **“Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío”**

(www.adoradoraspresenciales.com) (www.apostoladodelaoracion.com)



VEN Y VERÁS NOVIEMBRE 2021 LAS OBRAS DE MISERICORDIA

Sufrir con paciencia los defectos de los demás es un camino seguro hacia la paz. Este modo de proceder es el de aquellos que apuestan por la santidad. Tenemos ejemplos de muchos que han sido viva expresión de este estilo de vida. Pensemos en Santa Teresita del Niño Jesús, que tuvo que soportar durante varios años las impertinencias y defectos de una compañera. La respuesta siempre era la misma: amar y perdonar.

Muchos mártires, incluso modernos, mueren perdonando al verdugo. Pero el ejemplo por excelencia es Jesucristo, que supo disculpar a todos los que le condenaban: “Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen”. En la sociedad actual, no se entiende este modo de proceder, parece más lógico machacar a los demás y utilizar el mismo método que la ley del talión: “ojo por ojo y diente por diente”, Sin embargo, quien sufre con paciencia los defectos del prójimo no es un masoquista como, a veces se ha dicho, sino que pone cara a la verdad y la defiende con toda su alma, no se asocia con la mentira ni justifica el pecado, no se cree mejor que los demás, y oye interiormente el mismo desafío que el Señor hace a aquellos que condenan y no perdonan: “Quien esté exento de pecado que tire la primera piedra”.

Es más fácil ver la mota en el ojo ajeno que la viga en el propio. Es la reacción del egoísmo elevado al perfeccionismo. Los santos lo han intuido al decir que “es mejor un pecador humilde que un santurrón soberbio” (San Agustín). La paciencia que soporta y sufre los defectos de los demás es fruto de la presencia del Espíritu de Dios en el alma.

La auténtica caridad es sobrellevar y disculpar los defectos de los demás. Si este modo de proceder falla, se cae en la grave depreciación de la dignidad humana, el ser humano que molesta se convierte en un enemigo irrecuperable.



Los discípulos de Jesús tenían un gran problema y era que no sabían las veces que debían perdonar, a lo que les respondió el Maestro que siempre se debe disculpar y perdonar. No hay un número cerrado sino que existe un número infinito de veces que uno debe perdonar. También advirtió que no era fácil y, cuando les enseñó la oración del padrenuestro, les dijo que debían rogar mucho al Señor: “Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Este es el punto fundamental que nos hace ver si somos o no buenos cristianos.

A veces sucede a la inversa, y en lugar de sufrir nosotros con paciencia los defectos ajenos, hacemos sufrir a los demás con nuestros propios defectos. Tratemos de corregirnos y tengámonos paciencia también para con nosotros mismos, porque el camino a la perfección no es de un día para el otro, sino que es gradual, con caídas y retrocesos. Por eso debemos tener paciencia con los defectos nuestros y con los de los demás, ya que muchas veces actúan sin darse cuenta de que nos molestan. El ejemplo lo tenemos siempre en Jesús, que trataba bien a todos. Dice la Escritura que a fuerza de paciencia poseeremos nuestras almas. Y Santa Teresa de

Jesús dice también que la paciencia todo lo alcanza. Nosotras adoradoras, tenemos que armarnos de paciencia, porque también en el apostolado es necesaria e imprescindible esta virtud. Conservemos la paz del alma y tengamos una sonrisa con los que nos fastidian, será un gesto de gran heroísmo, tal vez más que morir mártires.

El libro de la Imitación de Cristo nos dice: **"Lo que uno no puede corregir en sí mismo o en los otros, debe aguantarlo con paciencia hasta que Dios disponga otra cosa"**. Consideremos que quizás será así para probar nuestra paciencia, sin la cual no deben tenerse en mucho nuestros méritos. Sin embargo tenemos que pedir mucho a Dios que se digne ayudarnos para sufrir con paciencia tales dificultades, y para soportar con mansedumbre estas molestias. "Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas"

"La tribulación produce paciencia; la paciencia produce virtud firme; la virtud firme produce esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" "Procura adquirir paciencia para soportar



los defectos y debilidades que puedan tener tus prójimos, pues tú también tienes muchos defectos que los demás tienen que soportar. Si tú no puedes hacerte como quisieras, ¿Cómo pretender que los demás sean totalmente según tus gustos? Quisiéramos que los demás fueran perfectos, pero nosotros no nos corregimos de nuestros defectos". "¿Cómo es que ves la mota que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y después podrás ver para sacar la mota del ojo de tu hermano" "No tienes excusa, tú quien quiera que seas, tú que juzgas y condenas a otros, pues juzgando a los demás, a ti mismo te condenas, ya que tú haces las mismas cosas que condenas en los otros, y te figuras tú que juzgas a los que cometen tales cosas, pero te dedicas

también a cometerlas, que escaparás del Juicio de Dios?"

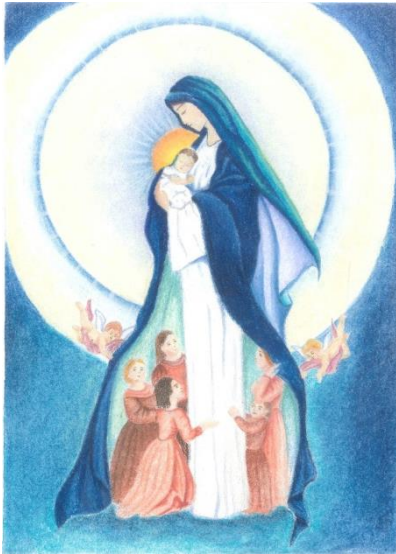
Dios ha dispuesto en este mundo que **"llevemos los unos las cargas de los otros"**, porque todos tenemos defectos, nadie se basta así mismo. Nadie sabe todo lo que necesita. Por eso debemos todos sobrellevarnos mutuamente, consolarnos, ayudarnos, instruirnos, aconsejarnos y sobre todo, amarnos.

La mejor ocasión para saber a qué progreso ha llegado nuestra alma, es la llegada de la adversidad. Nunca se ve más claro el grado de virtud que cuando llega la adversidad. Porque las ocasiones no hacen frágil a la persona, pero sí revelan lo que es. "Tened consideración con el que es débil. No andéis discutiendo. Tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú ¿por qué desprecias a tu hermano? ¿No sabes que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios?"

Hoy os propongo un ejercicio que a simple vista parece fácil pero que no lo es... ¿Que os parece si dejamos de juzgarnos los unos a los otros y nos sobrellevamos con más amor y paciencia?

www.adoradoraspresenciales.com www.apostoladodelaoracion.com





VEN Y VERÁS DICIEMBRE 2021 LAS OBRAS DE MISERICORDIA

Rogar a Dios por los vivos y los difuntos, es una obra de misericordia fácil, que cualquiera puede realizar sin ni siquiera salir de su casa, ¡y es tan necesaria! Todas las gracias nos vienen de Dios a través de la oración, es un aspecto de la vida del cristiano que solemos descuidar: la oración de intercesión. Intercesión viene del verbo "interceder" y quiere decir que pedimos nosotros por los otros. (Colosenses. 1:3-9; Hechos 8:15). Conviene acostumbrarse a orar incesantemente por nuestros parientes más cercanos, y no sólo por los vivos, sino también por los difuntos. Jesús, que era Dios y no tenía necesidad de orar, quiso orar insistentemente, pasar las noches y los días en oración. Esto lo sabemos muy bien nosotras, Adoradoras Presenciales pues intentamos imitar a nuestro Maestro pasando la noche en oración.

San Alfonso María de Liguorio decía: "El que reza se salva, y el que no reza se condena". Así de simple. Leamos qué nos dice Santa Faustina Kowalska sobre la oración: "A través de la oración el alma se arma para enfrentar cualquier batalla. En cualquier condición en que se encuentre un alma, debe orar. Tiene que rezar el alma pura y bella, porque de lo contrario perdería su belleza; tiene que implorar el alma que tiende a la pureza, porque de lo contrario no la alcanzaría; tiene que suplicar el alma recién convertida, porque de lo contrario caería nuevamente; tiene que orar el alma pecadora, sumergida en los pecados, para poder levantarse. Y no hay alma que no tenga el deber de orar, porque toda gracia fluye por medio de la oración." (Diario #146) Pero, además, con la oración no solo nos beneficiamos nosotras, sino que intercedemos por nuestros seres queridos y por todos los hombres, incluso los que están en el Purgatorio porque ya han muerto. Y las almas purgantes nos estarán infinitamente agradecidas por nuestra oración ofrecida por ellas y nos devolverán una lluvia de gracias y bienes de todas clases. La Beata Faustina intercedía constantemente por los pecadores, los moribundos y las almas del purgatorio. Por lo tanto, la oración por los demás, estén vivos o muertos, es una obra buena y necesaria. San Pablo recomienda orar por todos, sin distinción, también por gobernantes y personas de responsabilidad, pues "Él quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad". (1 Tim 2, 2-3).



San Juan, Apóstol y evangelista centra su Evangelio y sus cartas en el tema del Amor. Y termina convenciéndonos de que el Amor de Dios y el amor a Dios son la misma cosa. En efecto, en la narración que nos brinda del discurso que Jesús hace a sus Apóstoles durante la Última Cena, cuando instituyó la Eucaristía la noche anterior a su muerte, y pide el Señor por todos nosotros, el Evangelista hace un maravilloso recuento de este tema tan importante: el Amor Caridad. Las palabras de Jesús en ese conmovedor momento hay que revisarlas línea a línea. Parece como si constantemente estuviera repitiendo lo mismo, pero cada línea tiene su matiz y su significado especial.

"Permanezcan en mi Amor. "Si cumplen mis mandamientos permanecen en mi Amor, lo mismo que Yo cumplo los mandamientos de mi Padre y permanezco en Su Amor" (Jn. 15, 9-10). Amar a Dios y permanecer en Su Amor es hacer lo que Él nos pide. La palabra "mandamientos" no se

refiere sólo a los que conocemos como los 10 Mandamientos, sino a “todo” lo que Dios desea de nosotras. Es el caso entre Dios Padre y Dios Hijo: Éste hace lo que el Padre quiere y es así como permanece amando al Padre. Quiere decir que nosotras permanecemos amando a Dios si actuamos de la misma manera, haciendo lo que Dios desea de nosotras. La verdadera felicidad está en permanecer amando a Dios, cumpliendo los deseos de Dios y no los propios. Así nuestro gozo será “pleno”. Las alegrías humanas son pasajeras, efímeras, incompletas, insuficientes, pero, ¡nos aferramos tanto a ellas! Si nos convenciéramos realmente de estas palabras de Jesús sobre la verdadera alegría, nuestra felicidad comenzaría aquí en la tierra y, además, continuaría para siempre en la eternidad. Por lo tanto, con el corazón lleno de la alegría que supone sabernos “salvos” por Cristo, recemos intensamente por los vivos y difuntos que están en el Purgatorio.

“Las obras de misericordia corporales”

En la antigüedad era común observar personas enfermas por los caminos y en las plazas de los pueblos. Durante la Edad Media, la caridad de los monjes en medio de guerras y epidemias fue convirtiendo algunos monasterios en lugares de hospedaje para gente herida o gravemente enferma. Hoy existen innumerables hospitales y clínicas para atender de la mejor forma posible a quien padece algún mal. Sin embargo, a pesar del progreso técnico y los avances sanitarios, los enfermos siguen existiendo y siguen sufriendo. Se dice que “el verdadero dolor es el que se sufre sin amigos”. Es evidente que los enfermos tienen constantes molestias físicas. Aun así, existe un dolor más profundo y más desgarrador que el físico. Es el dolor de la soledad y de la indiferencia. La Iglesia consciente de esto ha querido manifestar su cercanía a todas aquellas personas que de alguna u otra manera están enfermas. Por este motivo ha instituido las llamadas obras de misericordia corporales. Una de ellas es: visitar a los enfermos. Para ello los católicos tenemos como modelo al mismo Jesucristo, que a lo largo de su vida pública mostró una especial predilección hacia quienes sufren. Ciegos, cojos, paralíticos, leprosos... a todos los recibe y los cura. Todos contemplan en Él, el rostro amable de un Dios, que al hacerse hombre, nos comprende mejor y se compadece de nuestras debilidades físicas y morales.



Cuántas veces experimentamos un gran alivio en medio de nuestra enfermedad cuando se acerca nuestra madre con una sonrisa o cuando un amigo viene a visitarnos.

A veces basta una llamada, una simple palabra para hacer más ligero el peso de nuestro sufrimiento. Además del acto solidario, a las personas que visitan un enfermo les mueve algo mucho más profundo: la conciencia de servir a Cristo que se manifiesta en el rostro turbado, pálido y quizá desesperado de

un enfermo en alguna habitación de un hospital.

Este pequeño gesto de visitar a un enfermo es una gran voz que se levanta en el mundo de hoy para decirle que no somos indiferentes, que sí nos importan los demás. El dolor ajeno nos hace más humanos, más sensibles y nos enseña a valorar el precioso don de la salud y de la vida que Dios cada día nos regala. Allí donde hay sufrimiento está Cristo. Y en los enfermos está el Señor, esperándonos a que vayamos a visitarlo y a consolarlo.

No temamos contagiarnos, mis queridas amigas, porque Dios nos protegerá. Y si nos contagiáramos y muriésemos, Dios nos dará el Cielo como a mártires suyos, mártires de la caridad y del amor hacia el enfermo. Pidámosle hoy a María, Salud de los enfermos, nos acompañe a vencer el mal con el bien y que sepamos practicar esta gran misericordia de Dios.

(www.adoradoraspresenciales.com) (www.apostoladodelaoracion.com)

